LA JUVENTUD PASA

Vicente CARREDANO

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Este nieto de Baudelaire, ángel corrompido, aprendiz del diablo, nace en Santander e inmediatamente empieza a vivir a contrapelo, poniéndose los guantes y los calcetines del revés, con las costuras hacia afuera, por llevar la contraria a la Humanidad. Se muda de colegios como Carlos Baudelaire se mudaba de hoteles. Le echan de los Escolapios por haberle sorprendido cortando las cañerías con una navaja. De seguro que su padre repite entonces aquella frase de Campoamor: «Mudar de pensión es mudar de dolor.»

Interno a Villacarriedo. El paisaje es francamente impresionante, pero de ello no se da cuenta Carredano hasta que muchos años después va a Villacarriedo en visita de turismo —

Estalla la guerra. Tiene dieciséis años. Se va a la Legión. Muy joven todavía es oficial de la Mehal'la. Vida de prisa, vida y figura de oficial de novela para chicas de diecisiete años. Vida alrededor de un uniforme. Termina la guerra. Empieza su biografía baudelariana. Intenta estudiar Medicina en Valdecilla y luego Derecho en la Universidad de Oviedo. Aquí hace amigos, deshace una fortuna y vive de escándalo en escándalo local. Al tercer curso de su carrera tiene una herencia familiar; deja sus estudios y se dedica a gastar el dinero alegremente. Viaja. Se pasea por París. En Italia convida a los artistas desconocidos del café Greco. En Africa hace algunas monstruosidades y vuelve a Santander, donde se aburre solemnemente, empezando a escribir como quien pretende entretenerse pegando fotografías en un álbum o sellos de Correos en un cuaderno.

Aparece en Madrid con 200 pesetas. Juega al póquer en el amor y en las cartas. Ametralla las noches terribles con repóquer de ases y con escaleras de color que se ponen descoloridas de madrugadas de fracaso.

1951. Ahora la literatura es una cosa completamente seria para Vicente Carredano. Publica un libro para demostrarlo que titula «Un hombre sin caballo». Colabora sin más pérdida de tiempo en la Prensa madrileña. Colabora también en revistas literarias. Publica en este año de 1954 otro libro: «Los ahogados». La crítica lo recibe con grandes elogios.

En la actualidad ha terminado «Gentes en la ciudad», que se publicará próximamente, y trabaja en otro libro que titula «Los débiles».

Nos reunimos en el café literario madrileño para conversar. Cuando entramos no hay apenas nadie.

—¿Qué opinas, querido Vicente, de los escritores tardíos, como tú?

—Que se puede ser de todo, tardío y temprano. Lo que no se puede es ser prematura. Conozco prematuros de veinte años, de cincuenta y de setenta.

—¿Por qué fuiste tardío?

—Porque a mí me interesaba más, de momento, vivir que escribir.

Hablo de lo de siempre: de la economía, sabiendo que éste no es un tema grato para Vicente Carredano, quien tan poca importancia ha dado al dinero, gastándolo con prisa y empezando a ganarlo después con apremio.

—Así y todo, no he tenido principios estrechos, y quizá por eso temo llegar a tener estrechos finales.

El café se ha llenado con la gente que viene huyendo de la terraza. Hace frío. No sé por qué la gente conversa a voces y todos quieren pasar entre nuestra mesa, molestándonos continuamente. Una señora pequeña habla tan alto con su marido, que todo el café se entera, sin quererlo, del accidente de automóvil de un señor y del precio fabuloso del restaurante en que acaban de cenar.

De este modo no hay manera de que Carredano conteste a lo que le preguntamos.

—¿Vives de la literatura?

—De la literatura, no; de la pluma, sí.

Paréntesis otra vez. Este reloj de la conversación anda mal. Llega a nuestra mesa un conocido poeta con gorra de visera que ostenta un marquesado. A mí esto de ser marqués con gorra de visera me parece que no tiene ninguna gracia. Entiendo que si es marqués, hay que serlo de verdad, y no andarse con medianías viajando en el Metro. Admito hasta que se salga a la calle de chistera. De ninguna manera con gorrita de chulo madrileño, máxime cuando este marqués, en otros aspectos es digno de su título, desde luego.

El marqués se pone tranquilamente a darnos conversación y no nos deja continuar. Llega el camarero y le pregunta qué desea tomar.

—«De momento»—contesta el poeta—, un vaso de agua; luego, ya veremos.

—Y de mojar, ¿desea algo el señor marqués? — pregunta el camarero, muy amable.

Nos vamos a otra mesa. La entrevista continúa.

Hablamos del periodismo como porvenir.

—Creo que toda profesión puede ser de porvenir cuando el porvenir lo lleva el hombre dentro. Ahora bien: lo grave es que en periodismo la mediocridad se paga con el hambre.

De aquí saltamos al tema de lo que es y de lo que no es «periodístico».

—Yo presiento que lo que yo entiendo por «periodístico» es justamente lo que no leo de los periódicos.

Comparación de otras profesiones españolas con la del periodismo. Comparación minuciosa desde un punto de vista también económico.

—A mí me parece que lo más acertado es compararlo con el perito electricista. Todo depende de las «chapuzas» (entiéndase colaboraciones) que se tengan.

Hacemos cálculos de lo que esta profesión puede ser en el porvenir y llegamos a épocas astronómicas. Se barajan opiniones de la vida.

—Mi modo de ver la vida depende de las horas del día, de la época del año y de la gente con quien esté. En general, suelo ver la vida bastante verde y bas ante fresca.

Mitos sobre el escritor y sobre la vida del escritor. Tópicos biográficos y conjeturas absurdas de los biógrafos. El escritor no escribe mejor bebiendo ni pasando hambre.

—Desde luego que no. Ningún hombre debe pasar hambre, sea escritor o no lo sea. En lo de beber, me parece admirable, siempre que el hígado responda.

Salimos del café. En el paseo de Recoletos un muchacho está durmiendo sobre una barquillera. A Vicente Carredano se le antoja jugar a los barquillos.

Madrid está destartalado.

18. VIII. 54